

0.70
5.20

VIAJE AL PAÍS

DE

LAS PERLAS.

CAPILLA AL FONTO

VIAJE AL PAÍS

DE

LAS PERLAS

POR

LUIS JACOLLIOT

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1878

VIAJE AL PAÍS DE LAS PERLAS.

PRIMERA PARTE.

CEYLAN.—JAFFNAPATNAM.

Tres años habían pasado desde mi primer viaje á Ceylan, sin que hubiera podido encontrar la ocasion de ir á continuar mis excursiones, tan bruscamente interrumpidas, cuando unas calenturas malignas que contraí en Chandernagór, á las orillas del Ganges, vinieron á advertirme que necesitaba para la conservacion de mi salud permanecer algunos meses bajo un cielo más benigno.

Conservaba siempre á mi servicio al fiel nubio, que me habia salvado la vida en las horna-gueras del lago Kandellé; y como él habia conservado grato recuerdo de aquella isla encantadora, «Theo-Tenasserim, la Tierra de Delicias», como la llaman los birmanes, se puso sumamente alegre cuando le anuncié mi determinacion, dándole al mismo tiempo órden para hacer los preparativos de partida.

El camino de hierro de Bombay á Calcuta, que atraviesa el Indostan desde la costa malabar á las llanuras de Bengala, pasa por Chanderna-

Esta traduccion es
propiedad de Miguel
Guijarro.

gor. En ménos de una hora nos condujo á la capital de la India inglesa, y el mismo día nos embarcamos Amoudou y yo en el paquebot de las Mensajerías *La Bourdonnais*, comandante Rapatel, con destino á Madras, Pondichery y Punta-de-Galles.

Hubiera podido seguir en aquel buque hasta Ceylan, adonde se dirigia, llevando la correspondencia de la India para la China y Europa; pero deseaba empezar mi viaje por las provincias del Norte, y no podia desembarcar en aquel buque frances más que en Galles, en el Sur mismo de la isla, lugar de donde yo habia partido en mis precedentes excursiones.

Adopté un itinerario más sencillo, que debia conducirme directamente á la península misma de Jaffnapatnam.

Los pequeños vapores que desde Madras hacen el servicio de la costa, debian dejarnos en Tranquebar, antigua ciudad danesa cedida á los ingleses, desde donde podíamos ir á nuestro destino en veinticuatro horas en una de esas grandes barcas choullahs del país.

Cuando el *Wasp*, vapor en que habia tomado pasaje, salió de Madras, el día estaba triste y sombrío y el sol se ponía sobre negros nubarrones, que me parecieron de siniestro augurio. La mar tenia un color gris oscuro, y su aparente tranquilidad era poco tranquilizadora. Las olas de la barra de Madras venian lentamente á estrellarse sobre la orilla casi sin ruido, y apenas nos salpicaron de espuma cuando atravesamos la bahía en las embarcaciones del país, para llegar al vapor, que acababa de arribar la víspera de Cocanadah,

y se mantenía á dos millas lo ménos de la costa. Estábamos en la época de esos terribles cyclones que, atraídos por el monzon (1) del Nordeste, vienen periódicamente á destruir las costas del golfo de Bengala.

A eso de las once de la noche mis recelos se cambiaron en serios temores, cuando oí al comandante, que iba á retirarse á descansar, recomendar á los oficiales encargados de los cuartos de noche que le despertasen á la menor señal inquietante.

Estábamos abocados á una tempestad, y me convencí de que mis temores iban á realizarse, cuando vi al segundo mandar que se cerrasen las escotillas, y á pesar de que no estaba de servicio, pasearse sobre cubierta con el oficial de guardia.

A cada momento contemplaba el cielo y hacia tomar mil precauciones que daban á entender el peligro que no tardaria en presentarse.

Queriendo saber á punto fijo dónde nos encontrábamos, me incliné sobre el compas, cerca del timonel, y vi, no sin temor, que en vez de seguir una línea paralela á la costa de Coromandel, le volvíamos la espalda y corríamos con toda celeridad en direccion del Este.

Habia yo viajado tanto, que era casi marino, y sabía por consiguiente que el alejarse uno de la costa es por temor de hacerse pedazos en ella.

El barómetro bajaba cada vez más, acentuándose por momentos todas las señales de una próxima tormenta.

Cansado de velar, me bajé á mi camarote. Se-

(1) Monzon, viento que reina en los mares de la India.

rian las dos de la mañana; si la cosa no empeoraba, llegaríamos á Tranquebar en quince ó diez y seis horas.

Yo no podía dormir, pues aunque el mar estaba tranquilo en apariencia, salían de su seno ruidos extraños parecidos á un redoble lejano de tambores, y la hélice reclinaba bajo la quilla, como si estuviese comprimida por corrientes contrarias.

Volví á subir sobre cubierta, y vi algunos pasajeros que hablaban entre sí con inquietud. Las olas crecían por instantes, y no había duda que íbamos á asistir á uno de esos espectáculos grandiosos y terribles en que el hombre, en lucha con los elementos desencadenados sobre frágiles tablas, juega su vida en aquella horrible partida.

De repente se sucedieron sin interrupción órdenes rápidas y precisas, tan pronto á los marinos como á los maquinistas. La mar se embravecía cada vez más. La lucha empezaba; todos los oficiales estaban en sus puestos; el comandante había tomado el mando supremo de la maniobra.

Un viento violento que soplabá por todas partes á la vez sucedió á la anterior calma; olas inmensas se lanzaban sobre el vapor, le levantaban como un haz de paja, para hundirle un instante despues en las profundidades del Océano. Era un monzon, y todos recordábamos el que el año pasado había destruido en Calcuta doscientos ó trescientos buques y ahogado más de cincuenta mil personas.

Todos creíamos había llegado nuestra última hora.

No nos quedaba más que un medio de salvacion: huir á todo vapor ante la tormenta, y pro-

curar ganar regiones más tranquilas. Así es que sin dudar, viendo que la mar se ponía cada vez peor, el comandante dió orden para que gobernasen al Sur, y la máquina, aumentando de presión, nos arrastró en aquella direccion con una celeridad de doce nudos por hora. En aquel momento no teníamos más esperanza que en ella, y sólo la máquina podía defendernos de las enormes olas que se rompían sobre el puente, amenazando tragarnos. Si un tornillo ó un clavo se rompía ó se salía de su sitio, éramos perdidos.

Todo el mundo cumplía con su deber, y poco á poco volvió á renacer en nuestros corazones la esperanza, al ver cómo se conducía nuestro vaporcito en medio de las montañas de agua que hendía vigorosamente, obedeciendo como un sér animado á la mano que le dirigía.

Esta vertiginosa celeridad duró dos dias, al cabo de los cuales la hélice no tenía ya más que dos de sus seis paletas, y el vapor hacía agua por el lado donde estaba el depósito de carbon. Si estos dos accidentes nos hubieran sucedido veinticuatro horas ántes, estábamos perdidos. Habíamos pasado ya del radio recorrido por la tempestad, y escapados por milagro de la muerte, podíamos ya esperar sin peligro que la calma nos permitiese continuar nuestro camino.

Hasta cuarenta y ocho horas despues no nos atrevimos á volver á tomar la vía que habíamos recorrido para acercarnos á la costa. Pero el hélice funcionaba débilmente, la vía de agua, que se había tapado imperfectamente, exigía constantemente el servicio de las bombas. De suerte que tardamos cerca de seis dias en llegar á Tranquebar.

La mayor parte de los viajeros desembarcaron en esta ciudad, y el *Wasp*, habiéndose aligerado ya de parte de su cargamento, tomó el camino de Colombo, donde tenia que reparar sus averías.

Tranquebar está en constantes relaciones comerciales con la península. Todos los dias salian para Jaffnapatnam infinidad de barcas. En estas pequeñas travesías no se preocupa uno de las comodidades, que estos barquitos que las hacen no pueden procurar; por consiguiente, se contenta uno con un rincón á la sombra, teniendo el consuelo de que ni el patron está mejor acomodado; verdad es que sus gustos y necesidades son más modestos, y que se contentan con un pedazo de tela que les sirve de vestido por el día y de manta por la noche.

La barca choullah donde me embarqué con Amoudou se llamaba *Shri-Wikrama* (nombre del último rey de Kandy, vencido y destronado por los ingleses en 1816), y la mandaba un musulman que, nacido en las cercanías de nuestras posesiones de Karikal, hablaba bastante bien el frances, lo que me determinó á preferirle á los demas.

El tiempo estaba ahora tan hermoso, cuanto tempestuoso habia estado dias atras.

Salimos de Tranquebar con viento de tierra Noroeste, que se levanta todas las noches de las diez á las doce, y llegamos al dia siguiente á la caída de la tarde al pequeño estrecho de Karetivoe con las grandes brisas del Sudeste. Nos vimos obligados, por consiguiente, á anclar frente á la ciudad de Batticott, por temor de estrellarse de noche contra los bancos de arena de que está sembrado el camino de Jaffnapatnam.

Durante esta corta travesía, me habia distraído mucho el patron de la barca, refiriéndome que hacia treinta años que iba y venia de Jaffnapatnam á Tranquebar, y que jamás se habia perdido barca alguna que él mandase, atribuyendo esto á que ninguno de los capitanes indigenas tenia como él un sextante. Efectivamente, poseia este hombre uno de esos instrumentos de marina, todo oxidado, que habia perdido los dos vidrios convexos más importantes, y que no hubiera podido poner en el punto.

Esto no impedía, sin embargo, que á cada pregunta que yo le hacia, se sirviese gravemente de su sextante, como si quisiese tomar la altura del sol. Era cosa de morir de risa, pues sin ser marino, se sabe que este instrumento sirve en el mar para determinar la longitud, segun la posición del sol, de la luna ó de las estrellas en el momento en que se los observa, y no para indicar la direccion de la brisa ó la depresion barométrica, que yo le preguntaba.

Habiéndole preguntado si era capaz de hacer los cálculos necesarios para conducir un buque á China ó á Europa, me respondió con sonrisa desdenosa, como compadeciendo mi ignorancia:

—¡No ve usted, saeb, que este sextante ha sido construido sólo para la travesía de Tranquebar á Ceylan! Para ir á Europa necesitaria los sextantes de Europa.

Ante semejante respuesta me declaré vencido, y me apresuré á separarme de mi interlocutor para reirme á mi sabor.

En cuanto á aquella *peligrosa navegacion*, cualquier pescador sabe dirigirla, pues no se de-

jan las costas del Indostan más que para seguir las cingalesas, y la regularidad de las brisas del mar permite partir y llegar á una hora fija.

La pequeña embarcacion del *Shri-Wikrama* nos dejó en la playa de Batticott á Amoudou y á mí.

Sólo algunas millas nos separaban de Jaffnapatnam, y yo deseaba comprar en esta ciudad, que posee los mejores bueyes del país, un par de esos animales y una buena carreta cubierta, destinada á transportar mi exiguo equipaje y la tienda para guarecernos en las noches que pasáramos en el bosque ó en la junquera.

Próximo á emprender un viaje de cinco meses en el Norte, Noroeste y Sur de Ceylan, que no habia tenido tiempo de explorar en mis excursiones precedentes, teniendo que franquear mares, ríos y torrentes, que atravesar pantanos y desiertos, y que subir escarpadas montañas, bajo un cielo tórrido y un sol de 38 á 40 grados, quizás mis lectores verán con gusto el nombre y la naturaleza de mis provisiones, y mis medios de viajar.

Si algun naturalista tuviese el capricho de visitar esos países, creo le será útil conocer las precauciones que hay que tomar, y que voy á darle, debidas á la experiencia de mis largos viajes por todas las partes del mundo, y que son aplicables principalmente á los países tropicales y ecuatoriales, en donde el europeo aventura su salud.

Los viajes de exploracion en la India cuestan muy poco, una vez en tierra, pues los medios de locomocion europea son muy caros.

He tenido siempre por principio en los viajes

suprimir todo aquello que no fuese indispensable para reducir el volúmen de mi equipaje, y estar así más libre en caso de peligro, ó de tener que franquear rápidamente grandes distancias, no teniendo uno que ocuparse más que de sí mismo.

Hé aquí mi inventario, hecho á la salida de Batticott, en el momento de emprender el camino de Jaffnapatnam:

Mi guardaropa se componia de seis trajes completos de franela blanca, dos docenas de pañuelos de seda, cuatro pares de zapatos de tela blanca y fuertes suelas, y dos grandes sombreros de aloe, excelentes contra el sol...

Llevaba en mi botiquin cincuenta metros de vendas de hilo, un paquete de hilas, tafetan inglés, amoníaco, láudano, acetato de morfina en paquetes de dos y de cinco centigramos, con una pequeña lavativa de inyeccion, un frasco de polvo de cantárida, algunos granos de emético, magnesia, un poco de quina, cinco botellitas, encerradas en cajas de madera, de elixir de la Grande-Chartreuse, y un estuche completo de cirujano.

Respecto á armas, tenia un revólver de seis tiros, un fusil de caza y una carabina de balas explosibles de Devisme.

Fuera de las armas, todo mi equipaje cabia en una maleta de cincuenta centímetros cuadrados. En el primer compartimiento iba mi guardaropa, que ya conocen mis lectores, añadiendo un traje completo de orleáns de seda negro, traje de ceremonia para asistir á las invitaciones que me viene obligado á aceptar de los europeos allí residentes. Segundo compartimiento dividido en dos, sin ninguna comunicacion posible: en un lado mi

farmacia, y en el otro mis cartuchos explosibles; estos últimos rodeados de salvado para que ningún choque pudiera hacerlos reventar.

Los cartuchos Lefauchaux de mi fusil de caza los metía ordinariamente en una pequeña caja que tienen las carretas indias en la parte de atrás.

Llevaba también dos criados, mi fiel Amoudou, á quien daba cinco rupias mensualmente (12 francos 50), y el vindicara ó conductor de la carreta de bueyes, que sólo tienen de salario cuatro rupias, ó sean diez francos.

Todos mis gastos de viaje, es decir, mi manutención, la de mis criados y la de los dos bueyes, los salarios de los guías, y las reparaciones que exigía mi pequeño material, subían por término medio á unos cinco francos diarios.

Verdad que yo me alimentaba á la usanza india, es decir, con arroz y carry, á lo que yo añadía aves, pescado ó caza, conforme en el sitio en que me encontraba.

Nadie se asombrará de la exigüidad de mis gastos cuando sepa que un par de pollos vale en el interior de la India y de Ceylan de veinte á treinta céntimos; que por tres *caches* (tres céntimos y medio) se compra un magnífico pescado, y que la caza no cuesta más que el plomo que se emplea en cazarla.

Léjos de las ciudades, el plomo, la pólvora y las cápsulas son la mejor clase de moneda; de suerte que siempre tenía cuidado de llevar una buena provision de estos artículos.

Por consiguiente, repito que mi equipaje era tan ligero que un hombre podía llevarlo en la mano días enteros sin experimentar fatiga alguna.

Y estaba tan acostumbrado á aquel alimento, que le encontraba superior á todos los demás; y desgraciado del europeo que continúa comiendo los manjares de su país natal, pues se expone á contraer una gastralgia ó una hepatitis.

El mismo día que desembarcamos, compré dos vigorosos mestizos, nacidos de una vaca y de un búfalo en las llanuras de Chetty-Colom, y una carreta provista de una tienda y de un buen colchon de algas secas, y nos pusimos en marcha por la noche para ir á acampar á Kandpoor, pequeña aldea situada á mitad de camino de Batticott y de Jaffnapatnam, donde debíamos pasar la noche, pues mi vindicara Kandassamy me habia suplicado nos detuviésemos allí, para despedirse de algunos parientes que vivían en aquel pueblo.

Después de la comida de la tarde, me fuí á la orilla del mar, que en aquel sitio, estrechado por un grupo de islas, forma como una inmensa bahía, en cuyo centro se encuentra la capital de la provincia Norte de Ceylan.

Un ligero viento que soplaba de la costa india venía á ráfagas á acariciar la cima de los cocoteros, refrescando el ambiente abrasado por los ardores del sol.

La mar estaba fosforescente; cada una de sus olas lanzaba una chispa, y las olas venían á morir dulcemente sobre la orilla cubierta de una arena ardiente.

La luna llena derramaba sobre el paisaje su luz argentina, cuya intensidad duplicaba la pureza de la atmósfera, y millares de luciolas, especie de gusanos de luz, subían y bajaban caprichosamente por las ramas de los grandes árboles,

miéntras que los búbula (1) y otros pájaros que no interrumpen sus cantos de noche, hacían resonar el aire con sus melodiosas cadencias.

A lo léjos se oía el sonido de la trompa de los padials llamando á los elefantes de las riberas ó del bosque, y hasta en la más humilde choza resonaba la mano del mortero del carry en su receptáculo de granito, movida por las mujeres que preparaban la comida de los pannayo (tocadores), de los pali (lavaderos), de los radayo (carbneros) y demas servidores que volvían de los campos.

Yo experimentaba un placer indecible en dejar vagar mi espíritu en caprichosos ensueños, mecido por las extrañas melodías que subían del mar y de los bosques, mezclándose á los gritos de los animales y á esos mil ruidos de los sitios habitados por seres vivientes, y que llegaban hasta mí como un vago murmullo.

Sentía un placer infinito en verme de nuevo en aquel país admirable, con su eterna primavera, su esplendente vegetación, sus valles sombríos y la grandiosidad de sus misteriosas junqueras, y olvidaba el pasado, extasiándome con los goces de la contemplación de aquellos sitios encantadores.

Nuestro paseo, pues Amoudou me acompañaba, nos había llevado á más de una milla del pueblo, é íbamos ya á volvernos á la cabaña que un pariente de Kandassamy había puesto á nuestra disposición, cuando Amoudou se paró y prestó atento oído á un ruido lejano que aún no llegaba á mis oídos, y que él sin duda había ya perci-

(1) Búbula, ave, especie de pega regordada de la India.

bido. Apénas habían pasado unos minutos, cuando una bocanada de aire nos hizo oír distintamente unas notas graves y sonoras que parecían un acompañamiento de órgano.

Me dirigí inmediatamente hácia el lado de donde partían, y oí distintamente, en medio del silencio de la noche, un canto grave y majestuoso como el de un coro religioso.

Efectivamente, eran los sonidos de un órgano lo que había oído. Pero ¿quién podía ser el artista desconocido que mezclaba las armonías del arte á las de la naturaleza, en una isla del Océano Índio, en aquella poética noche?

Al volver un sendero, vi una luz á través de los árboles que salía de una elegante casa de campo, de donde partían los sonidos que me habían llamado la atención.

En aquel momento, una mano hábil tocaba en el órgano la obertura de los *Hugonotes*, desafiando las dificultades de aquella pieza con rara maestría.

Pregunté á unos indios que había en el jardín quién vivía allí, y supe por ellos que el dueño de la casa, y al mismo tiempo el médico de la estación, y me alejé cuando acabó de tocar, no queriendo penetrar en casa de un inglés en donde no había sido presentado. Al día siguiente supe que el doctor era un italiano al servicio de Inglaterra, y sentí no haberle hecho una visita, que de seguro hubiera recibido con gusto.

En el momento en que nos disponíamos á salir de Batticott, empezó á resonar el tam-tam en la plaza principal de la aldea, frente á la habitación del thasildar (jefe del pueblo), y el nainard (per-

ceptor indígena) fué á sentarse á una mesita custodiada por dos *scribes malabres*. Era el día de la cobranza de los impuestos trimestrales.

Kandassamy, mi vindicara, al uncir los bueyes á la carreta parecía muy triste, y gruesas lágrimas, que no conseguía reprimir, rodaban de sus ojos.

Acerquéme á él y le pregunté la causa de su pesar.

—Van á vender la casa de mi padre, —me respondió suspirando.

—¿Y por qué?

—Porque no puede pagar los impuestos.

—¿Y quién la va á vender?

—El recaudador indígena.

—¿Cuánto debe tu padre?

—Cuarenta rupias (100 francos).

—¿Y cuánto vale la casa?

—Lo ménos quinientas rupias (1.200 francos).

—¿A qué casta pertenece tu padre?

—A los vindicaras (conductores de bueyes).

—Es verdad; olvidaba que tú tenías que ser de la suya. ¿Cómo un conductor de bueyes paga un impuesto tan crecido? ¿Tiene propiedades?

—Sí, saeb; un pequeño campo de arroz con que alimenta toda su familia; el pobre viejo no puede ya trabajar.

Me fui al momento á donde estaba el nainard, y pagué las cuarenta rupias.

Nada puede dar una idea de la alegría de mi pobre vindicara, que me juró me seguiría al fin del mundo sin pedirme salario alguno.

Yo le prometí que si se portaba bien hasta el fin del viaje, le regalaría la suma que había an-

ticipado á su padre, en vez de írsela cobrando por salarios vencidos. Pero estaba muy léjos de mi pensamiento semejante idea; pero conociendo por experiencia cuán pronto olvidan las gentes de aquel país los beneficios recibidos, quise tenerle cogido por el interés.

Amoudou, que era muy generoso, naturalmente, al ver la tristeza del vindicara, quiso pagar al momento la deuda, pues tenía algun dinero que debía á la generosidad del mayor Daly, como ya se recordará, y si yo no hubiese puesto coto á su generosidad, no hubiera tardado en derrochar su fortuna dando á unos y á otros.

Este pequeño episodio me va á servir de transición natural para decir algunas palabras de la administración de los ingleses en la India; explicaciones que me servirán una vez ya para siempre.

Prometo ser lo más breve posible sobre esta materia, que me arrastraría muy léjos si quisiese tratarla extensamente, y no olvidar que este viaje tiene por objeto especial el estudio de Ceylan y de sus habitantes indígenas.

Sin embargo, algunas palabras sobre los que les gobiernan y los ejemplos que les dan sus vencedores no parecen fuera de propósito.

La Inglaterra administra ciertamente los ciento cincuenta millones de habitantes del Indostan y de Ceylan, la gran isla indiana, con la mitad ménos de empleados que se necesitan para el departamento del Sena.

Este inmenso país está dividido en cuatro presidencias: la de Calcuta, con un gobernador general, de la que dependen las otras dos presidencias de Madras y Bombay, y la de Ceylan, á cu-

ya cabeza hay también otro gobernador general.

Cada presidencia se subdivide además en círculos, que tiene cada uno á su frente un recaudador de impuestos que es al mismo tiempo jefe de toda la administracion, teniendo á sus órdenes un ayudante. Los otros funcionarios son un juez de apelacion y su asistente, un juez de primera instancia y de policia, un director de los trabajos, y un jefe de policia.

Como todo el personal de las oficinas se compone de indios, cuesta poco su mantenimiento. El recaudador y el juez supremo tienen de sueldo de ciento cincuenta á doscientos mil francos, segun la importancia del distrito.

Los demas sueldos son mucho menores, sin embargo que son superiores á los prefectos y á los consejeros de Estado nuestros.

El sistema inglés puede reasumirse en dos palabras: pocos empleados y bien retribuidos, para impedir cualquier clase de manejo vergonzoso.

La Inglaterra no quiere tener ese ejército de funcionarios públicos, que empiezan vigilándose unos á otros, y acaban por entenderse entre sí, entregándose al pillaje, como se ve en otras partes; pero más práctica, comprende que disminuyendo cuanto puede el número de sus empleados, disminuye también la explotacion, haciéndose en la administracion el siguiente razonamiento de aquel hombre que preguntaba un dia qué camino debia seguir en los Abruzzos á un campesino de aquellos países:

—¿Puede uno ir por ese camino de la derecha?

—Está interceptado por la banda de Falsacappa.

—¿Y el de la izquierda?

—Por la de Testalunga.

—¿Cuál es de esas dos bandas la que tiene menos bandidos?

—La de Falsacappa.

El viajero pasó por el camino de la derecha, ocupado por la banda de Falsacappa.

Lo mismo ha hecho la Inglaterra.

Cueste lo que cueste, es preciso que el impuesto éntre, y con tal que el Tesoro no pierda nada, no se fijan en nada, ni en los medios, ni en las dilapidaciones.

Asombra ver el lujo desenfrenado de aquellas especies de intendentes de Hacienda, que consumen sumas fabulosas en sus escandalosas prodigalidades, y que no tienen más regla que su placer y su capricho.

La cobranza de los impuestos la recaudan los agentes subalternos, empleando á veces para arrancarles á los indios hasta su última rupia los tormentos más terribles, arrancándoles hasta las alhajas de sus hijos y mujeres, y las bestias é instrumentos necesarios para el cultivo.

¿A quién van á quejarse estos miserables?

¿A su recaudador general?

Imposible, pues éste tiene demasiado interes en no ponerse en mal con sus agentes para escuchar las quejas de aquellos desgraciados.

Todo lo que acabo de decir sobre este asunto se ha dicho ya en la tribuna inglesa, no por humanidad, sino con un fin político.

Si fuera uno á los pueblos del interior en la época de la percepcion de los impuestos, saldria acongojado del espectáculo que allí se presenta,

si no tiene el corazón lleno de egoísmo ó de indiferencia.

Verdad es que el indio aprecia lo que posee más que su vida, y que la costumbre de ser explotado desde hace siglos por los mongoles, los musulmanes y los europeos, le hace esconder sus joyas y su dinero al pié de los cocoteros y en los lechos ya secos de los torrentes, y que fingiendo ser pobres, emplean toda su astucia para ser colocados en el número de los indigentes.

¿Sucedería esto si la exageración de los impuestos y la rapacidad de la Inglaterra y de sus funcionarios no les exigiesen hasta su última rupia?

He visto á muchos desgraciados, despues de haber satisfecho el impuesto, quedarse en la miseria, sin tener ni un poco de arroz para alimentar á su familia.

Y tienen que ir á ofrecerse como trabajadores á los mayores de las plantaciones, ó á los maestrantes de trabajos por cuenta del Estado; por doquiera le seguirá su desgracia, y no encontrará un rincón de tierra en la India en donde le dejen vivir en paz con el fruto de su trabajo, pues el mayoral le exigirá un ana (30 céntimos) por rupia sobre su salario; el maestrante de los trabajos, uno ó dos pais (ó sea de 5 ó 10 céntimos) por día, que sube á cuarenta ó cincuenta céntimos, y si se queja, le llevarán ante los tribunales, acusándole de insubordinación y amenaza, y recibirá, para enseñarle á sufrir y callar, de diez á veinte golpes, según la hora en que se presente delante del magistrado de policía.

Si aquel día hay muchos negocios, y el pobre

indio tiene la desgracia de llegar á la hora del almuerzo y dilatar el almuerzo de su señoría, está seguro de atrapar el máximum del castigo; pero si, por el contrario, llega en el momento en que mister está haciendo una buena digestión, entónces el castigo se reduce á unos cuantos golpes.

Esto se llama en la India «llegar ántes ó despues del Oporto».

Y no se crea que éstas son exageraciones. Los ingleses no han ido á la India más que á hacer dinero, y no lo ocultan. El indio es una mercancía que debe dejar beneficios entre las manos que lo manipulan.

Si se dedicasen á imponer un severo castigo expulsando á los administradores que abusan de sus cargos, si moderasen los impuestos, si, en una palabra, se ocupase la Inglaterra de la India bajo el punto de vista de su prosperidad y bienestar interior, se desviaría de su propósito, no obteniendo el fin que se propone en sus posesiones asiáticas.

Pero es preciso que ese pueblo mercantil por excelencia le proporcione los medios de mantener sus flotas, de satisfacer los intereses de su deuda, y de remunerar más que ninguna otra nación de Europa á sus empleados civiles y militares, y éstos á su vez deprimen aquella pobre tierra, y despues que sacan de ella la parte del gobierno, cada uno piensa en explotar en provecho suyo.

En Francia, un empleado que se enriquece es una cosa rara, y por más que diga que sus riquezas provienen de un tío de Indias, su reputación no queda bien parada. Pero en el servicio de la

India inglesa, aquel que no se enriquece, se le considera como un estúpido, y es mal mirado de todos sus compatriotas.

Para alcanzar una concesion de terreno ó una empresa de trabajos por cuenta del gobierno, etc., sólo se necesitan algunos billetes de banco, y alcanza uno lo que desea.

Por eso se ven trabajos absurdos, hechos por personas incompetentes.

Yo he visto construir puentes, edificios públicos, etc., que se venian abajo apenas acabados, y cada vez que se los volvía á reconstruir, siempre habia alguno que hacía fortuna.

—¿Ve usted ese caballero?—se dice con frecuencia en la India.—Ha hecho más de medio millon en un empleo insignificante; es un hombre muy inteligente.

Se queda uno como admirado, y mira á su interlocutor á ver si se burla de usted. Nada de eso, habla con conviccion. Es la sencillez de la impudencia.

No quiero hablar de la justicia, pues sir John Lawrence ha dicho, en una exposicion que dirigió á la reina, más de lo que nunca me atreveria á decir.

Voy por conclusion á relatar una anécdota:

Conocia en la India á un frances que se habia hecho inmensamente rico, y que conservaba al frente de sus extensas propiedades de Bengala á un inglés, á quien pagaba veinticinco mil francos al año, y que le robaba lo ménos otro tanto.

Y admirándome yo de que no le reemplazara con otro hombre más honrado, me respondió:

—Amigo mio, usted conoce la India antigua,

pero no la moderna. Escuche usted esta aventura, y saque de ella el partido que quiera.

Mis propiedades me reportan aualmente de setecientos á ochocientos mil francos de renta, pago al fisco cien mil francos, y tengo cerca de dos mil arrendadores ó colonos para el cultivo. Los indios son muy trapisondistas, y todos los años no me libro de una infinidad de procesos con ellos.

Hace cinco ó seis años, murió mi intendente, y entre los pretendientes para obtener aquel empleo se presentó un inglés, que yo despedí sin siquiera quererle escuchar.

Apénas volví á Calcuta, despues de haber dejado allí instalado á un compatriota mio, me escribió éste asustado de su posicion, pues en el corto espacio de ocho dias le habian ya entablado cincuenta pleitos. Yo le contesté que ésa era la costumbre de mis colonos, y que no tenia más que mostrar un poco de energía para apagar aquel pequeño incendio.

Me engañaba, pues todos los arrendadores que habian empezado el ataque ganaron el pleito ante el juez, y animados con el ejemplo aquellos que habian estado quietos, suscitaron tambien dificultades. En vista de aquel conflicto, me fui á mis tierras á ponerme al frente de mis intereses.

Al llegar, supe que el inglés que yo habia despedido era sobrino del juez de la estacion, y esto me explicó la clave del enigma.

¿Qué hacer?

Luchar era imposible. Acusar á un magistrado con pruebas morales era exponerme á grandes disgustos y pagos de costas, que no mejoraban mi situacion como propietario.